

EN EL ESPACIO LEEMOS EL TIEMPO. REFLEXIÓN HISTORIOGRÁFICA PARA UNA HISTORIA DEL PRESENTE

Joan Muñoz González*

*Universidad de Barcelona, España. E-mail: joan.jmg@gmail.com

Recibido: 11 enero 2019 / Revisado: 28 enero 2019 / Aceptado: 31 enero 2019 / Publicado: 15 febrero 2019

Resumen: Durante los últimos cuarenta años se ha transformado radicalmente el contexto en el que trabajaba el historiador del siglo XX. Tratar de entender el mundo globalizado en el que vivimos y estudiar la crisis que atraviesa la disciplina son cuestiones fundamentales para una historia del presente. En este comunicado planteamos una aproximación a la perspectiva espacial como forma de interpretación y representación de la historia. Se trata de una propuesta teórica y metodológica orientada a reflexionar sobre la situación que vive la historiografía hoy en día y que se nutre de las tesis desarrolladas por el historiador alemán Karl Schlögel en su obra: *En el espacio leemos el tiempo*.

Palabras clave: reflexión historiográfica; espacializar la historia; simultaneidad; Karl Schlögel

Abstract: During the last forty years the context in which the historian of the XX century worked has been radically transformed. Trying to understand the globalized world in which we live and to study the crisis that the discipline is experiencing are fundamental issues for the history of the present. In this study we propose an approach to spatial perspective as a form of interpretation and representation of history. It is a theoretical and methodological proposal oriented to reflect on the situation that the historiography confronts nowadays and it uses the theses developed by the German historian Karl Schlögel in his work: *In Space We Read Time*.

Keywords: historiographical reflection; spacing history; simultaneity; Karl Schlögel

INTRODUCCIÓN: EN EL ESPACIO LEEMOS EL TIEMPO

Durante los últimos cuarenta años se ha transformado radicalmente el escenario en el que trabajaba el historiador del siglo XX. Los “rasgos históricos de nuestro presente” se fueron definiendo “en el tránsito de los años 80 a los 90 del siglo XX”¹ y nos han situado frente a un nuevo marco en el cual debemos replantear las lecturas sobre los acontecimientos históricos recientes y formular propuestas de aproximación más acordes con las nuevas necesidades. No es tanto un esfuerzo de reacción o de ruptura con los discursos del pasado, sino más bien es el hecho de atender a una nueva dialéctica entre presente y pasado. En esta historia del tiempo presente es posible identificar algunas “líneas de fondo” –“comunicación, globalización, unilateralismo e identidad”– que a pesar de sus particularidades, tensiones y contradicciones permiten describir la deriva geográfica de la realidad actual².

Entre los desafíos que la historiografía del presente tiene que afrontar está el de saber conjugar los debates teóricos heredados con la experiencia de un mundo globalizado donde lo geográfico toma un protagonismo ineludible, ya sea por el interés geopolítico como por su resonancia social, económica y ecológica que despiertan. La caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría; la intensificación de los procesos de globalización; los fenómenos de crisis me-

¹ Aróstegui, Julio y Saborido, Jorge, *El tiempo presente. Un mundo globalmente desordenado*. Buenos Aires, EUDEBA, 2005, p. 11.

² Ibid. p. 25.

dioambiental con episodios de gran resonancia como Chernóbil o Fukushima; la crisis económica, el incremento de la desigualdad y la consecuente reivindicación del espacio público (15M, PAH); el terrorismo del siglo XXI; y también la gestión fronteriza ante los migrantes refugiados. Todo ello no ha hecho más que remarcar este interés social, público y académico por el espacio. Es en este sentido que nos planteamos lo siguiente. ¿Se puede analizar la historia a través del espacio? ¿Cómo surge el interés por lo geográfico y cuáles son los retos que plantea para una teoría historiográfica? ¿Existe una tradición espacial desde la cual pensar la historia? ¿De qué modo podríamos resolver el problema de la explicación de la historia bajo un paradigma espacial?

Partiendo de estas premisas e interrogantes, nuestro objetivo es el de ofrecer una reflexión sobre el estado actual de la teoría historiográfica que culmine con la inclusión de la dimensión espacial en un sentido amplio, es decir, considerando tanto su carácter conceptual como su aportación narrativa. Se trata de una investigación teórica y metodológica que se nutre de las tesis que el historiador alemán Karl Schlögel desarrolla en su libro titulado *En el espacio leemos el tiempo*. En esta obra, Schlögel reivindica “la unidad de acción, tiempo y lugar” y se pregunta por la posibilidad de pensar y describir los procesos históricos “en términos espaciales y locales”³. El resultado es de gran interés tanto para la teoría historiográfica como para la construcción de sus relatos.

Con el fin de responder a los propósitos del presente estudio, se ha estructurado la exposición de la siguiente manera. Como punto de partida, dedicaremos unos breves apuntes a valorar la crisis que vive la historiografía hoy en día. En segundo lugar nos ocuparemos de la relación que mantienen los ejes espacial y temporal en la teoría historiográfica. Seguidamente realizaremos un recorrido por el pensamiento espacial con el fin de valorar las oportunidades conceptuales de una historia espacial. Finalmente nos centraremos en el potencial del relato de la simultaneidad como forma de hacer historia.

³ Schlögel, Karl, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*. Madrid, Ediciones Siruela, 2007, p. 558.

1. CRISIS Y PARADIGMAS

Desde finales del siglo XX la historiografía se encuentra inmersa en un estado de crisis generalizada que ha hecho tambalear la disciplina de arriba a abajo al cuestionarse la forma de hacer, de pensar y de explicar la historia. A lo largo de estos últimos años, los debates historiográficos han mostrado un gran interés en tratar de comprender la deriva que las distintas corrientes históricas han ido tomando desde la década de los años setenta hasta los inicios del siglo XXI. ¿Cómo podemos explicar esta crisis? ¿De qué manera afecta a la práctica historiográfica? ¿Cuál ha sido la respuesta de la teoría historiográfica?

Tal y como ha señalado Carlos Barros, la crisis historiográfica se encuentra inserida en “una crisis general, ideológica, política, de valores, que afecta al conjunto de las ciencias sociales y humanas.” Es, en esencia, el resultado “de la simultaneidad de la crisis de la historia y la crisis de la escritura de la historia, y atañe a todas las dimensiones de la profesión de historiador, y de su relación con la sociedad.” En última instancia –y siguiendo la estela de la noción de cambio de paradigma popularizada por Thomas Kuhn⁴–, debemos entenderla como una crisis paradigmática que tiene su origen en la voluntad de confrontarse con los grandes modelos historiográficos predominantes durante los años sesenta y setenta: el positivismo, el marxismo y la escuela de los Annales⁵. ¿Pero por qué se dio esta necesidad de confrontación y ruptura con las corrientes tradicionales de la modernidad y cómo se materializó?

La fragmentación que se empezó a insinuar en los años setenta –con el surgimiento de la *Nouvelle Histoire* y la incipiente proliferación de

⁴ En Khun, Thomas, *The structure of Scientific Revolutions*. Chicago, University of Chicago, 1962, el autor describe los cambios de paradigma epistemológicos en las disciplinas como fórmula para generar rupturas con los paradigmas que quedan obsoletos.

⁵ Barros, Carlos, “Hacia un nuevo paradigma historiográfico”, Conferencia magistral del 23 de abril de 1998, Universidad Autónoma de Chiapas. Disponible en:

<http://cbarros.com/spanish/hacia_castellano.htm> [consultada en abril de 2017]. Carlos Barros es el director y coordinador del proyecto *Historia a Debate* por lo que las referencias al autor pueden contextualizarse en este marco de reflexión historiográfica.

enfoques, métodos y objetos de estudio— dejó un terreno plural en cuanto a formas de hacer historia, pero completamente desmenuzado desde un punto de vista teórico⁶. Por un lado, esta diversificación generó un clima de incertidumbre que suscitó dudas sobre el futuro de la disciplina y la validez de la historia como ciencia. Sin embargo, por otro lado, es indudable que la adopción de nuevos enfoques de estudio durante la segunda mitad del siglo XX contribuyó sustancialmente al enriquecimiento y a la transformación de la historiografía en diversos aspectos. A saber, con la superación del horizonte rankeano no sólo se pusieron en duda la univocidad de los relatos decimonónicos, también se desmintió el valor exclusivo del documento, se modificaron las perspectivas de análisis y las escalas de observación e incluso se abrió el debate sobre la elaboración de los relatos históricos con un polémico retorno del narrativismo⁷.

Esta situación se produjo como resultado de una compleja coyuntura en la que confluyeron la apertura académica de la historia —hecho que permitió incrementar el diálogo y las relaciones con otras disciplinas humanísticas— con una incipiente voluntad de explotar la reflexión historiográfica y de buscar nuevas líneas de investigación que permitieran situar a la disciplina histórica en medio de un mundo que se encontraba en pleno proceso de globalización. En esta misma coyuntura cabe destacar, como ha señalado Barros, que el agotamiento progresivo de los modelos tradicionales y el período de conservadurismo político que se vivió en los ochenta, contribuyeron a la propagación de concepciones neoliberales y a la divulgación de

corrientes posmodernas⁸. Según este autor, ello habría propiciado una retahíla de críticas sobre la idea de progreso y habría amenazado la relación entre pasado, presente y futuro; hechos que en el peor de los casos se habrían traducido en interpretaciones negacionistas y relativistas de la historia, respectivamente.

Entre los distintos problemas y preocupaciones que surgen a raíz de este convulso desarrollo teórico vale la pena recalcar los perseverantes deseos por parte de historiadores como Barros o Burke de querer dar con un nuevo paradigma historiográfico que permita sortear el estado de crisis. Coincidimos con ellos con que dicho empeño debe pensarse a partir de la síntesis entre viejos y nuevos modelos, capaz de ofrecer una visión amplia y global de un pasado que recupere el legado de la *longue durée*⁹.

En lo que llevamos de siglo, parece que existe cierto consenso en reconocer a la historia global como una tendencia historiográfica capaz de lidiar con la crisis de la disciplina¹⁰. Se trata de una corriente que “nació de la convicción de que los medios que los historiadores han estado usando para analizar el pasado han dejado de ser suficientes”¹¹. Dado su carácter holístico, la historia global se postula como una fórmula suficientemente flexible como para hacerse

⁶ Concepto desarrollado por François Dosse en su obra *L'histoire en miettes*. París, La Découverte, 1987.

⁷ Véase Burke, Peter (ed.), “Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro”, en *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 2012, pp. 13-38. Donde se reflexiona sobre el surgimiento de dichas corrientes y escuelas y se afirma que ello ha obligado a replantear la manera de abordar el texto historiográfico en su plenitud. En su obra se compendian muchas de las corrientes, tendencias y formas de hacer y escribir historia que han ido desarrollándose durante la segunda mitad del siglo XX: historia desde abajo, historia de la vida cotidiana, microhistoria, historia cultural, historia medioambiental, etc.

⁸ Aludiendo explícitamente los trabajos de *El fin de la historia* de Fukuyama y a los ensayos sobre la postmodernidad de Jean-François Lyotard y de Gianni Vattimo.

⁹ Según han expuesto Jo Guldi y David Armitage nos encontramos en una crisis de corto-terminismo (*short-term*), agravadas con los problemas de medio ambiente, de gobierno, de democracia y de capitalismo, que dificulta las investigaciones a gran escala y que sólo podremos superar mediante una ampliación de miras. Véase Guldi, Jo y Armitage, David, *Manifiesto por la historia*. Madrid, Alianza, 2016, p. 216.

¹⁰ En pocos años están aumentando mucho los trabajos teóricos que abordan la historia global como tendencia historiográfica. Merece la pena mencionar algunas de las últimas publicaciones de peso: Stearns, Peter N., *World History: The Basics*. Londres, Routledge, 2010; Subrahmanyam, Sanjay, *Aux origines de l'histoire globale*. París, Fayard, 2014; VV. AA., *The Prospect of Global History*. Oxford, University of Oxford, 2016; Conrad, Sebastian, *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*. Barcelona, Crítica, 2017.

¹¹ Conrad, Sebastian, *Historia global...*, op. cit., p. 8.

cargo del estado de fragmentación de la historiografía. La laxitud del término “historia global”, la ausencia de una definición clara o cerrada que acote o determine sus límites, la afinidad con las ideas de la historia total braudeliiana y la voluntad de querer presentarse como un modelo de análisis que se adecue y se conjugue con los problemas y las necesidades del mundo en lo que vivimos, hacen que la historia global se presente como una solución viable a las dificultades de las últimas décadas. Por otro lado, no podemos evitar vincular esta corriente con el resurgimiento del pensamiento espacial que ha estado teniendo lugar en la mayoría de las ciencias sociales y humanas sin que la disciplina histórica apenas se haya percatado; más tarde volveremos sobre este punto.

Si hacemos uso del diálogo interdisciplinar, son muchas las experiencias que podemos intercambiar y establecer bajo el objetivo común de superar la crisis de la fragmentación y consolidar un nuevo paradigma que esté a la altura de los nuevos tiempos que corren. Pero para ello es necesario problematizar y sacar a debate algunas cuestiones fundamentales que tienen que ver con la relación entre el tiempo y el espacio, entendidas como categorías históricas.

2. LOS EJES DE LA HISTORIA

Pensar la historia es pensar en las continuidades y los cambios ocurridos en las sociedades humanas a lo largo del tiempo, pero también es pensar en los espacios vividos, construidos y habitados donde se yuxtaponen y se leen todo tipo de acciones, vínculos, tensiones y experiencias humanas. Desde la Antigüedad, el ostensible vínculo del hombre con lo geográfico y su persistente interacción con el entorno natural y urbano han puesto de manifiesto el desarrollo de una conciencia y una cultura propiamente espaciales. El espacio, entendido como una categoría física, ha contribuido indiscutiblemente a la formación y consolidación de la idea de historia, hasta el punto que no es posible concebir la práctica historiográfica sin acotar su marco espacial, al igual que no podríamos hablar de historia si desatendiéramos la noción temporal. Sin embargo, durante la modernidad los discursos historiográficos han mantenido un fuerte predominio del tiempo sobre el espacio. El paradigma evolutivo, fuertemente condicionado por la construcción occidental de la cronología, se ha impuesto sobre la perspectiva espa-

cial. Así pues, ¿en qué medida el espacio forma parte del interés historiográfico? ¿Qué relación guardan tiempo y espacio y cómo eso repercute en términos teóricos, de representación y de lectura?

“Desde el siglo XVIII espacio y tiempo son habitualmente referidos el uno al otro [...] pertenecen, dicho categorialmente, a las condiciones de posibilidad de la historia”¹².

Tal y como nos recuerda Koselleck, durante la modernidad, espacio y tiempo fueron concebidos como categorías supuestamente indisociables la una de la otra, hasta el punto que la contextualización de cualquier hecho histórico la hacemos habitualmente dando por hecho ambas dimensiones, siguiendo un criterio de razonamiento que se asemeja a lo siguiente:

“El espacio y el tiempo. El tiempo y el espacio. Dos categorías que sirven para explicar toda la realidad, dos coordenadas que se entrecruzan para decir un algo antes indefinido, inexistente. Todas las preguntas posibles pueden ser respondidas por medio de estos dos ejes: aunque unas realidades sean más “temporales” y otros más “espaciales”, el registro “espaciotemporal”, la hibridación o amalgama de ambos es la dimensión de un concepto filosófico que permitirá resolver el dilema por medio de un binomio, de dos términos contrapuestos pero complementarios e inseparables, porque una realidad no puede ser explicada, ni siquiera pensada, sin requerir la presencia de esta doble idea”¹³.

Según lo citado, la realidad y las representaciones de la misma son percibidas y asimiladas por esta dualidad epistemológica que nos debería servir para “explicar toda la realidad”. Los ejes fundamentales del tiempo y el espacio, estas dos categorías teóricamente indivisibles, conforman una aparente unidad que sin embargo, a efectos de una representación historiográfica no se manifiestan de manera equitativa, sino

¹² Koselleck, Reinhart, “Espacio e historia”, en *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Paidós – I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2001, pp. 94-97.

¹³ Camarero, Jesús, “Prólogo. Escribir y leer el espacio”, en Péric, Georges, *Especies de espacios*. Barcelona, Montesinos, 1999, p. 9.

que el peso y la presión de la temporalidad predomina en el imaginario y la conciencia de la praxis histórica. La combinación de estos dos ejes debería proporcionar una visión amplia y completa del conjunto estudiado, pero el hecho de que estas dos dimensiones puedan ser denominadas por separado también nos indica que conceptualmente pueden ser percibidas y teorizadas de manera independiente.

Así pues, mientras la imagen de la cronología queda plasmada de forma evidente en la elaboración de los discursos historiográficos y en la voluntad de reconstrucción de las representaciones del pasado, la presencia del espacio es más bien modesta y mantiene una relación de ambigüedad dentro del ejercicio historiográfico. Pensar la historia ha sido, durante la modernidad, un ejercicio en el que el espacio quedaba implícito y asumido dentro del propio discurso. ¿En qué nos basamos al afirmar esto? ¿Cómo ocurrió esta supuesta escisión del espacio y el tiempo? Para verlo es preciso adentrarse en el origen conceptual de la idea moderna de historia.

Como sabemos, a lo largo del siglo XVIII, la teoría historiográfica moderna se fue decantando hacia un modelo teleológico y progresivo que, sintonizando con los ideales de la Ilustración, otorgaba al orden temporal unas cualidades de dinamismo que motivaron sustancialmente esa preponderancia del tiempo respecto al espacio. Con la llegada de la historiografía decimonónica y la gradual institucionalización y especialización de la historia como disciplina académica esta división se ensanchó. La tradición rankeana consolidó la cronología como la materia prima de la representación histórica al considerar que la historia debía ocuparse de la ordenación de los acontecimientos mediante una representación discursiva lineal, cronizada, en sintonía con la forma narrativa de la modernidad. Por su lado, el espacio se vio relegado a la mera condición de escenario o decorado de las acciones y los hechos narrados. La dimensión espacial quedaba por lo tanto, mitigada y aplacada por el peso de una temporalización histórica.

En las postrimerías del siglo XVIII debemos ubicar también el origen moderno del concepto historia. En este sentido, no podemos desestimar las indagaciones que Koselleck efectuó sobre el nacimiento de un término que, a su entender, se encuentra estrechamente vincula-

do a las prácticas discursivas promovidas por las instituciones científicas y es fruto de un proceso dictado por una voluntad estrictamente funcional, la de “aglutinar una serie de eventos en un todo coherente”¹⁴. Si tiramos de este hilo, la historia se convierte entonces en “el concepto regulativo de todas las experiencias pasadas y futuras, reúne con más intensidad que cualquier otro los cuatro rasgos de temporalización, ideología, politización y democratización.” Este proceso se va configurando durante el siglo XIX, momento en que “nace la Ciencia histórica, estableciéndose como ciencia autónoma dedicada a estudiar el pasado”¹⁵.

Esta revisión nos permite ahondar en la relación desigual que se da entre la percepción histórica del tiempo y el espacio. Lo verdaderamente relevante del asunto es ver que esta relación de subordinación afecta también a la construcción del relato histórico. Así pues, llegados a este punto parece razonable hacer algunas matizaciones sobre este proceso de elaboración del relato histórico que Michel De Certeau ha denominado operación historiográfica.

Historiar la realidad, tal y como ha señalado Darío Villanueva, no significa comprender ni tampoco interpretar, sino realizar una reconstrucción coherente de la historia que le otorgue sentido¹⁶. Vista desde esta perspectiva, la historiografía trabaja en la amalgamación de una selección de hechos dispersos en el tiempo que no tienen por qué mantener una correlación significativa para ser expuestos, sino que la disposición diacrónica del pasado se centra en enlazar un hecho tras otro. Naturalmente, la imposibilidad de hacerse cargo de la totalidad de los hechos históricos conlleva la obligatoriedad de realizar una selección de lo que se quiere historiar. Tal selección se verá expuesta además, al problema de cómo exponer la narración histórica.

¿De qué manera la elaboración del relato histórico viene determinada por concepciones teóricas u otros agentes? Como sabemos, el producto resultante de la investigación histórica se expone siguiendo un “orden cronológico” que

¹⁴ Koselleck, Reinhart, *historia/Historia*. Madrid, Trotta, 2011, pp. 29-30.

¹⁵ Ibid. pp. 21-22.

¹⁶ Villanueva, Darío, *El polen de ideas*. Barcelona, PPU, 1991, p. 118.

puede jugar más o menos con las técnicas de presentación y organización, pero que en cualquier caso, se articula en torno a un eje que “proyecta sobre el texto la imagen invertida del tiempo”. El relato historiográfico toma así la forma de un artefacto que, mediante la puesta en marcha de un dispositivo textual une el presente con la trayectoria cronológica¹⁷. En *La escritura de la historia*, De Certeau considera que la práctica historiográfica moderna es fruto de una operación de interrelación entre tres elementos: la particularidad del “lugar social” desde el que se escribe, vinculado a un espacio de “producción socioeconómica, política y cultural”; el conjunto de prácticas científicas y procedimientos de análisis empleados; y “la construcción de un texto” histórico que es el resultado de una práctica social¹⁸. Este proceso de elaboración de la obra historiográfica es lo que nos permite cuestionar por lo tanto, el criterio seguido a la hora de seleccionar y manipular los conocimientos históricos con los que se construye la trama del pasado. De Certeau advierte además, que el procedimiento de confección del producto historiográfico se encuentra respaldado por el poder institucional, de tal forma que los criterios de investigación responden a necesidades y órdenes de grupos políticos, eruditos y eclesiásticos que se especializan de manera recíproca. Poco a poco se va estableciendo así un saber vinculado a lo institucional.

Al referenciar a De Certeau, a la operación historiográfica y a la institucionalización de la historia no pretendemos criticar ni a la historiografía actual, ni a su reflexión teórica, ni mucho menos poner en duda su cientificidad, como tampoco queremos entrar en áridos debates sobre la realidad y la ficción en la escritura de la historia. Lo que se persigue es más bien, contextualizar el nacimiento de la historiografía moderna dentro de un marco que relacione el paradigma temporal con un modo muy concreto de exposición que se limita a reproducir las lógicas del patrón propio del tiempo. En otras palabras, evidenciar que el paradigma de la temporalidad no es solamente una cuestión de teleología, sino también de narración y que al

existir una correlación directa entre lo epistémico y su voluntad de representación, el relato histórico que surge tiene que ver con la conceptualización que lo respalda. Por otro lado, queremos destacar que los relatos historiográficos de la modernidad no han sido pensados para representar la realidad histórica de la mejor manera posible, sino más bien para ratificar los ideales que sostienen una determinada concepción epistemológica previa.

¿Hay alternativas a este tipo de relación que se da entre tiempo y espacio? ¿Puede una mirada espacial generar relatos que se hagan cargo de la realidad histórica con mayor acierto? ¿De qué modo puede esto ayudar a superar la crisis paradigmática? Con el objeto de lograr una mayor comprensión de lo que supone la inclusión de la dimensión espacial en la narrativa histórica debemos realizar una indagación a través de la herencia del pensamiento espacial.

3. ESPACIALIZAR LA HISTORIA

Reinhart Koselleck advirtió en una ocasión que todavía hoy en día “falta una historia conceptual del concepto *espacio*”¹⁹. Si bien ese lamento no deja de ser cierto también hay que precisar que a pesar de las muchas carencias no partimos de cero. El pensamiento espacial cuenta con una larga tradición y es posible reseguir sus huellas desde Heródoto hasta geógrafos contemporáneos como David Harvey, Edward Soja o Doreen Massey, pasando por autores como Alexander von Humboldt, Carl Ritter, Karl Lamprecht o Friedrich Ratzel; tal y como ha reivindicado el historiador Karl Schlögel²⁰. Además, no hay que olvidar que el interés hacia la dimensión geográfica ha ido resurgiendo a lo largo de las últimas décadas gracias al auge del denominado giro espacial; concepto sobre el cual es preciso detenerse para entender en qué se sostiene la tesis de la espacialización de la historia.

La noción de giro geográfico o giro espacial, tal y como lo ha definido Jo Guldi, “implica retros-

¹⁷ De Certeau, Michel, *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 104-106.

¹⁸ *Ibid.* p. 68-69.

¹⁹ Koselleck, Reinhart, *Los estratos del tiempo*, op. cit., p. 94.

²⁰ Karl Schlögel ha reconocido a estos autores como referentes teóricos del pensamiento espacial. De Friedrich Ratzel proviene, de hecho, la frase “en el espacio leemos el tiempo”, que Schlögel toma como título de su obra.

pección, un proceso de detenerse en la carretera y mirar hacia atrás en el camino por el cual uno ha venido”²¹. El impulso que ejerce este giro epistemológico proviene del esfuerzo intelectual de diferentes disciplinas –por parte de la arquitectura, la geografía, la sociología, la economía o la filosofía antes que de la historiografía– que desde finales del siglo XIX comenzaron a acuñar una terminología y un lenguaje propios para poder describir y referirse a la experiencia espacial que estaba teniendo lugar. De esta manera, entre el palimpsesto y el panoptismo, el pasaje benjaminiano y el paisajismo, la simultaneidad y la yuxtaposición, encontramos toda una genealogía conceptual referida a lo geográfico que ha ido asentando las bases de nuestra cultura espacial.

Es sabido que el siglo XX concentró una gran cantidad de críticas contra la tendencia historicista que se erigía alrededor de una fe ciega en el progreso y de una historia conceptualmente teleológica y evolutiva. Las dos guerras mundiales, los procesos de descolonización y en última instancia, también, la caída del muro de Berlín, fueron configurando paulatinamente un nuevo marco de interacción con la realidad donde como hemos observado, las relaciones entre tiempo y espacio que habían prevalecido durante la modernidad empezaron a extinguirse. De hecho, es a partir de los conflictos bélicos mundiales que las críticas hacia la idea de progreso se intensificaron y que el concepto aristotélico de espacio se antepuso frente a la idea moderna de espacio que había imperado hasta entonces²². A partir de los años cincuenta nos encontramos con que el espacio va recuperando peso en el imaginario social y va reformulándose en los terrenos intelectual y epistemológico.

La nueva conciencia espacial emergente se materializó, en primer lugar, en el ámbito arquitec-

tónico, con la necesidad de reconstruir el espacio social y urbano que se habían perdido a raíz de la Segunda Guerra mundial, los flujos migratorios y el proceso de descolonización. En el ámbito teórico, esta nueva percepción de la realidad se fue materializando en distintas esferas vinculadas al desarrollo económico de las ciudades: las crónicas urbanas estadounidenses pertenecientes a la Escuela de Chicago, la sociología urbana de Georg Simmel, la figura decimonónica del *flâneur* de Walter Benjamin, la innovadora historia de las ciudades y el urbanismo de Lewis Mumford o los análisis sobre la ciudad realizados por el filósofo Henri Lefebvre²³. A partir de entonces, el pensamiento espacial se fue propagando con interés e intensidad por el conjunto de las ciencias sociales y las humanidades. El contacto y la simbiosis que se produjo entre la arquitectura, las ciencias sociales y la filosofía generaron debates muy prósperos para la normalización de la noción espacial, hasta el punto que hoy en día podemos asegurar que el empuje del “giro espacial ha disipado la frontera entre las disciplinas que se ocupan del espacio”²⁴.

Uno de los casos más significativos de este intercambio entre arquitectura y pensamiento lo protagonizó Michel Foucault. El 14 de Marzo de 1967 el pensador francés fue invitado a participar como conferenciante en una de las sesiones del *Cercle d'Études Architecturales* de París²⁵. Su intervención, a pesar de estar insertada dentro del campo del urbanismo y la teoría arquitectónica, mantuvo un fuerte interés historiográfico

²¹ Guldi, Jo, “What is the Spatial Turn?”, *Spatial Humanities*, University of Virginia, 2011. Disponible en: <<http://spatial.scholarslab.org/spatial-turn/what-is-the-spatial-turn/>> [consultado en abril de 2017]; traducido del inglés: “to turn implies retrospection, a process of stopping in the road and glancing backwards at the way by which one has come”.

²² Quesada, Fernando, “El giro espacial. Conquista y fetiche”, *Revista Europea de Investigación en Arquitectura*, 5 (2016), pp. 162-163. Disponible en: <<http://www.reia.es/Numero05.html>> [página consultada en abril de 2017].

²³ Las crónicas y los reportajes periodísticos de Robert Park sirven como ejemplo del papel que desempeñó la Escuela de Chicago en los años 1920-1930; Simmel dispone de diversos ensayos sobre el desarrollo social y capitalista del período; Benjamin exploró los procesos de urbanización del XIX en su famoso *Libro de los pasajes* (editado póstumamente en 1983); para Mumford véase *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas* (1961); respecto a Lefebvre, su obra principal continúa siendo *La producción del espacio* (1974).

²⁴ Quesada, Fernando, “El giro espacial...”, op. cit., p. 169.

²⁵ La conferencia a la que aludimos se basaba en una intervención radiofónica previa, pronunciada en *France-Culture* el 7 de diciembre de 1966, bajo el título: “Les Hérérotopies”. Sin embargo, la publicación de ambas conferencias no fue autorizada hasta el año 1984: “Des espaces autres”, *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5 (octubre 1984), pp. 46-49.

y marcó un punto de inflexión conceptual que invitaba, entre otras cosas, a realizar una relectura del entorno urbano en unos términos que se adecuaban más a unas necesidades contemporáneas. Se trata, tal y como lo expone el autor al comienzo del texto, de un cambio de percepción paradigmático a favor de la dimensión espacial:

“La gran obsesión que atravesó el siglo XIX, como se sabe, fue la historia: temas del desarrollo y de la detención, temas de la crisis y del ciclo, temas de la acumulación del pasado, gran sobrecarga de muertos, enfriamiento amenazador del mundo. El siglo XIX encontró en el segundo principio de la termodinámica lo esencial de sus recursos mitológicos. La época actual sería más bien la época del espacio. Nos hallamos en la época de lo simultáneo, nos hallamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo cercano y lo lejano, del lado a lado, de lo disperso. Nos hallamos en un momento en el que el mundo se experimenta, creo, no tanto como una gran vida que se desarrollaría a través del tiempo sino como una red que relaciona puntos y que entrecruza su madeja”²⁶.

Tal declaración contiene un tono fundacional. Primero porque se reconoce a la disciplina histórica como “la gran obsesión” propiamente decimonónica. En ese sentido, Foucault identifica claramente una forma de concebir la historia que se encuentra arraigada en un pensamiento lineal y en un sistema de enunciación estrictamente cronológico y que, por lo tanto, se olvida de todo lo que es “simultáneo”. En segundo término, el autor hace hincapié en “el espacio” como categoría que debe hacerse cargo del estudio de “la época actual”. Se trata de una contraposición teórica entre dos modelos de conceptualización y despliegue de los relatos históricos. Dicho en otras palabras, Foucault considera la obsolescencia de lo temporal, instrumento que anteriormente habría permitido exponer lo histórico y llama la atención sobre el espacio como nuevo valor de exploración.

A partir de la década de los setenta las publicaciones y las alusiones hacia el reconocimiento

²⁶ Foucault, Michel, *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2010, pp. 63-64.

del espacio se van multiplicando sustancialmente. Galdi ha insistido que el pensamiento francés (*French Theory*) de estos años destacó por la proliferación de publicaciones. Además de Foucault, quien durante esta década centra sus estudios en los espacios del poder —a través del panoptismo de los centros penitenciarios y psiquiátricos—, hubo otros autores que destacaron en la teorización de la dimensión espacial, entre los que destacan Henri Lefebvre, Paul Virilio o Michel de Certeau. Fernando Cabo se ha fijado también que tan sólo entre los años 1973 y 1974 salieron a la luz tres ensayos de gran repercusión y de distinta procedencia: *Especies de espacios* de Georges Perec, *El campo y la ciudad* de Raymond Williams y *La producción del espacio* de Lefebvre²⁷.

Todo este cuadro conceptual sucintamente desgranado, conduce a un momento fundamental para la idea de espacio. El tránsito de los años ochenta a los noventa está dominado por la actividad académica de los citados Edward Soja, David Harvey o Doreen Massey, quienes estimulan un debate crítico dentro y fuera de su disciplina. Soja por su parte, desarrolla sus tesis del tercer espacio y sus estudios sobre la post-metrópolis partiendo de la figura de Lefebvre, tratando de dar respuesta a la neutralidad o pasividad teórica y social del espacio:

“¿por qué al tiempo se le considera dialéctico, en movimiento, en proceso, en cambio... y por el contrario al espacio se le trata como fijo, muerto, con un trasfondo inmóvil?”²⁸.

El énfasis de Harvey se centra en la realización de una lectura político-económica que describa las lógicas sociales en las ciudades. Massey, por su parte, insiste en la necesidad de repensar la relación de oposición en la que conviven las categorías de espacio y tiempo desde la modernidad y en el problema de la narración geográfica²⁹. La lectura de estos tres geógrafos nos

²⁷ Cabo, Fernando, “El giro espacial en la historia literaria”, *Actas de Congreso Literatura e historia*, Fundación Caballero Bonald, 2004, p. 70.

²⁸ Benach, Núria y Albet, Abel, *Edward W. Soja. La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical*. Barcelona, Icaria, 2010, p. 60.

²⁹ Velázquez Ramírez, Adrián, “Espacio de lucha política: teoría política y el giro espacial”, México, *Argumentos*, 26 (2013). Disponible en:

anima a estudiar los procesos y las transformaciones de las urbes de los siglos XX y XXI desde el convencimiento de que se tratan de espacios socialmente dinámicos. Su gran aportación reside en saber ensalzar lo fragmentario y analizarlo desde una hermenéutica de lo simultáneo.

Estas breves pinceladas sobre algunas de las principales contribuciones que el giro espacial ha otorgado a las ciencias sociales, resultan útiles para subrayar la poca atención que, comparativamente, la historiografía le ha dedicado al tema. La disciplina histórica se ha mantenido al margen de la resignificación de los espacios y cuenta, en efecto, con participaciones muy modestas.

Uno de los campos en el que se puede trazar un interés historiográfico más continuado hacia el pensamiento topológico es en la esfera de la geopolítica. En esta línea, uno de los ejemplos históricos más destacados lo encarna la figura de Karl von Clausewitz, como precursor de una mirada política, estratégica y militar del espacio y del territorio:

“el sentido del lugar al que hacía referencia Clausewitz en el siglo XIX, resulta igualmente importante para la práctica política al interior de la sociedad contemporánea, como para su análisis. Todo antagonismo social supone una dimensión espacial”³⁰.

Esta perspectiva se basa en una interacción entre la guerra y el espacio que forma parte del orden del día, pero su exégesis teórica se reduce a la historiografía política y militar contemporánea.

Otro caso, más reseñable desde un punto de vista estrictamente geohistórico, proviene de la segunda generación de la escuela de los Annales. Se trata de un trabajo de referencia que fue publicado por primera vez en el año 1949: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. En esta investigación, Ferdinand Braudel presentó las tesis sobre la duración de los tiempos históricos en un espacio geográfico considerable. A pesar de que su principal objetivo fue el de demostrar que los

tiempos históricos se mueven a distintas velocidades, en el prólogo de la obra reconoció que el espacio escogido —el de ese gran personaje que resulta ser el Mediterráneo— le había permitido “destacar con mayor fuerza los nexos permanentes que unen la historia al espacio”³¹. Habría que añadir además, a pesar de que no es un aspecto de su obra que se haya destacado especialmente, que la propuesta de la diversidad de los tiempos le permitió presentar un desarrollo histórico menos lineal de lo que era habitual. Al fin y al cabo, un enfoque que incluye más de una línea temporal no permite presentar una narración teleológica con una única meta³².

En cualquier caso, es plausible que el carácter total de la obra de Braudel ha ejercido una influencia notable no sólo en la historiografía del momento, sino también en los actuales empeños por consolidar una historia global. El despeje de esta visión globalizada es, a fin de cuentas, una de las señales más flagrantes de que nos encontramos ante una nueva conciencia histórica y pese a que no hay todavía una definición unívoca de lo que debe abarcar la historia global, es de suponer que tender puentes con la dimensión geográfica debe ser una de sus prioridades³³. En este sentido y teniendo en cuenta el enfoque del presente trabajo creemos muy conveniente citar el siguiente fragmento de Collot: “Una historia mundial (*World History, Global History*) debe renunciar a un modelo lineal y unitario de los procesos históricos: tiene que actualizar las múltiples temporalidades superpuestas en el espacio-tiempo, y debe tener muy en cuenta los factores geográficos”³⁴.

³¹ Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México, FCE Tomo 1, 1987, p. 12.

³² Manuel De Landa, en *Mil años de historia no lineal*, ha insinuado esta idea a la cual más tarde volveremos.

³³ Otros acercamientos historiográficos que han manifestado su afinidad con el eje espacial son los *lieux du mémoire* de Pierre Nora o la historia medioambiental, corriente que cada vez está demostrando un mayor interés y compromiso con la espacialización de la historia. Véase como ejemplo *Algo nuevo bajo el sol. Historia medioambiental del mundo en el siglo XX* de John R. McNeill (2001).

³⁴ Collot, Michel, “Le tournant spatial”, en *Pour une géographie littéraire*. París, Éditions Corti, 2014, pp.

<http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-57952013000300010> [consultado en abril de 2017].

³⁰ Ibid.

En lo que llevamos de siglo han surgido numerosas obras que se autodefinen como historia global. Ejemplos de peso son el *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914* de C.A. Bayly (2004) o *La transformación del mundo* de Jürgen Osterhammel (2013). Historias monumentales que con una vasta cronología y una amplia base geográfica se zambullen en el reto de mantener vivo y renovado el espíritu de la historia total. Es indudable que la historia global, con su vocación y su herencia braudelianas, se está mostrando cada vez más sensible con la cuestión espacial. Sin embargo, no podemos evitar comparar los planteamientos espaciales contenidos en las historias globales con las tesis que Karl Schlögel dedica en su obra ya citada. Al hacerlo nos damos cuenta que las diferencias son todavía importantes y que el espacio no se ha interiorizado del todo en el pensamiento histórico.

Ciertamente, la historia global está resultando ser una vía muy útil para canalizar preocupaciones que tienen que ver con problemas históricos propios de la dimensión espacial: los procesos de globalización, la geopolítica o el cambio climático. Gracias a ello, la teoría historiográfica actual ha empezado a dar muestras de una incipiente conciencia hacia lo espacial, aunque se echan en falta planteamientos y lenguajes que integren, asimilen o aprendan de los debates que han ido surgiendo en aquellas disciplinas que se han dedicado específicamente al asunto. Los logros son modestos y los desafíos marcados no van más allá de “ir variando entre las diversas escalas de análisis y lograr articularlas, antes que aferrarse a territorios determinados”³⁵. En este sentido, parece sensato pensar que la experiencia del giro espacial puede ser el motor de una mayor comunicación entre lo temporal y lo espacial, pero también puede ser el garante para que los estudios históricos enriquezcan su lenguaje conceptual y temático. Por otro lado, la teoría de la historia ha empezado a digerir la crisis de la pérdida de fe en el progreso, pero lo ha hecho, sin llegar a poner en duda

los cimientos de un relato construido bajo esta misma concepción.

En este sentido, la obra de Schlögel se plantea como una excepción dentro de la teoría historiográfica, puesto que parte de un profundo conocimiento sobre el pensamiento espacial y encara el doble desafío de recuperar el peso del espacio como categoría histórica y de elaborar una narrativa de la simultaneidad que logre hacerse cargo de la experiencia y la representación espaciales. Con todo, el giro geográfico se nos manifiesta no solamente como un retorno al espacio, sino también como un retorno al relato. Ahora bien, ¿de qué modo podemos resolver el problema de la explicación de la historia bajo un paradigma espacial?

4. KARL SCHLÖGEL Y EL RELATO DE LA SIMULTANEIDAD

A lo largo del presente ensayo hemos descrito la situación en la que se encuentra el pensamiento espacial dentro de la teoría de la historia y a la vez hemos problematizado algunas cuestiones que tienen que ver con la elaboración del relato historiográfico teniendo en cuenta la dependencia con una lógica temporal. De esta manera, queda claro que la narración histórica se mueve cómodamente a través de la cronología, pero falta por aclarar de qué modo puede llegar a ser representado el espacio teniendo en cuenta que juega en el terreno de la simultaneidad, la yuxtaposición y la multiplicidad. No es un problema menor:

“La narrativa histórica sigue el orden del tiempo. Su prototipo es la crónica [...] Describir un lugar ha de corresponderse por fuerza con lo yuxtapuesto, no con lo sucesivo. Uno lo hace por escrito y sucesivamente, cierto, porque también pensamos y formulamos sucesivamente, pero alfa y omega de ese suceder vuelve a ser siempre la simultaneidad de apariencia sobre el terreno”³⁶.

En efecto, se podrá alegar que la mejor forma de presentar una narración histórica es mediante la exposición cronológica a la que el propio orden del lenguaje obliga. Según esta idea, la subordinación del espacio al tiempo se produciría por razones obvias. Puesto que dos palabras

17-18; traducido del francés: “Une histoire mondiale (*World History, Global History*) doit renoncer à un modèle linéaire et unitaire des processus historiques: elle met au jour des temporalités multiples superposées dans l'espace-temps, et doit tenir le plus grand compte des facteurs géographiques”.

³⁵ Conrad, Sebastian, *Historia global...*, op. cit., p. 109.

³⁶ Schlögel, Karl, *En el espacio...*, op. cit., pp. 52-53.

no pueden ocupar un mismo lugar, la representación y concatenación lineal de los hechos parece ser, a priori, la forma más natural de exposición histórica. Pero hay que aclarar en este sentido que una concepción no lineal no tiene que ver con el estilo de presentación, pues puede darse una estrategia narrativa que presente el desarrollo de información ordenado cronológicamente y no obedecer por ello, a una concepción lineal.

Es el caso defendido por Manuel De Landa en *Mil años de historia no lineal*, donde elabora una reflexión histórica que tiene por objetivo “eliminar de la historia cualquier aspecto teleológico”, de tal modo que “la conquista progresiva del pasado milenio por el Occidente” no sea vista como una meta forzosamente necesaria o inevitable. “La explicación de este desenlace tiene que ser hecha en términos contingentes: procesos que ocurrieron pero que pudieron no haber ocurrido”³⁷. Para respaldar su tesis, el autor hace uso de representaciones y conceptos propios de la física, los cuales no presuponen necesariamente un ordenamiento dinámico lineal de los hechos, sino que incluyen acciones combinatorias que rompen inevitablemente con las lógicas progresivas y lineales. A pesar de tratarse de un ensayo articulado desde la filosofía de la historia, se encuentra perfectamente enmarcado dentro de los debates de la teoría historiográfica actual. Resulta interesante observar que la crítica que De Landa efectúa a la idea de progreso se fundamenta, principalmente, a partir de cuestiones tan arraigadas en la episteme del paradigma cronológico como son la termodinámica o el darwinismo evolutivo:

“Tanto la termodinámica clásica como el darwinismo admitían sólo un resultado histórico posible, el alcance del equilibrio térmico o del diseño más apto. En ambos casos, una vez que este punto era alcanzado, los procesos históricos cesaban de contar. En cierto sentido, el diseño óptimo o la distribución óptima de energía representaban para estas teorías el fin de la historia”³⁸.

La narrativa de la simultaneidad también responde a una lógica no lineal, pero su estrategia

³⁷ De Landa, Manuel, *Mil años de historia no lineal*. México, Gedisa, 2011, p. 18.

³⁸ *Ibid.*, p. 10.

discursiva no surge exclusivamente como necesidad de ruptura respecto a una temporalidad preponderante, sino que se plantea ante la evidencia de que existe un vacío interpretativo y expositivo en la historiografía cronológica. En este sentido, la pregunta que Schlögel lanza es la siguiente:

“¿qué pasa si se piensan conjuntamente historia y lugar? [...] ¿qué ganamos en percepción y perspicacia histórica si nos tomamos en serio por fin (de nuevo) espacios y lugares?”³⁹.

No se trata pues de excluir o de substituir un paradigma por otro, sino de sintetizarlos, de incluir ambos modelos de lectura y combinarlos en función de las necesidades. “La historia de los hechos, la de la vida cotidiana, la de las mentalidades, son todas ellas únicamente distintas facetas y maneras de poner el acento”⁴⁰.

La manera de escribir historia que propone Schlögel pasa por saber apreciar la importancia del trabajo visual, de agudizar los sentidos sobre el terreno, de dejar atrás el marco del estado nación y de aprender de la forma de los mapas.

“Una mirada al mapa nos muestra, de la mejor manera, lo que significa la simultaneidad de los acontecimientos en un lugar. [...] El mapa reproduce, de un modo espacial, lo que la división del libro despliega desde el punto de vista narrativo”⁴¹.

A partir de aquí, la estrategia que sigue la narrativa de la simultaneidad se asemeja a un *collage* un –“montaje literario” que decía Benjamin⁴²– en el que se ofrecen “las imágenes que luego se unirán en la mente para formar un panorama” del hecho o del proceso histórico⁴³. Escribir historia siguiendo esta mirada topológica conlleva, en definitiva, un esfuerzo narrativo que permita hacer emerger aquello que bajo las

³⁹ Schlögel, Karl, *En el espacio...*, op. cit., p. 15.

⁴⁰ Schlögel, Karl, *Terror y utopía. Moscú en 1937*. Barcelona, Acontilado, 2014, p. 25.

⁴¹ *Ibid.*, p. 23.

⁴² Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*. Madrid, Akal, 2005, p. 462; Léase la cita completa: “Método de este trabajo: montaje literario. No tengo nada que decir. Sólo que mostrar”.

⁴³ Schlögel, Karl, *Terror y utopía*, op. cit., p. 29.

formas expositivas de la historiografía decimonónica resultaba inadvertido.

“Tenemos que probar narrativas nuevas que tengan en cuenta rupturas, catástrofes, cataratas y cataclismos. La escritura de historia que se refiera al siglo XX tiene que tomar nota del choque, de la yuxtaposición de tiempo más cruda que cabe concebir, de la sincronía de lo asincrónico. Se trata de rupturas, cesuras, choques, discontinuidades, cortes. Es la narrativa de la simultaneidad. Los medios expositivos hallados en literatura, cine, pintura y arte llegan mucho más lejos que los de los historiadores. [...] No se pueden construir o cavilar los métodos de esa narrativa, se desprenden del trabajo sobre el terreno, de darse una vuelta por el escenario y mirar campos de ruinas y de batalla”⁴⁴.

La simultaneidad se sirve de la literatura y el cine, recurre a toda esa combinación heterogénea de imágenes, mapas, datos y técnicas de observación hasta lograr ofrecer finalmente, una panorámica espacial inalcanzable desde un desarrollo cronológico. Se fija también en lo fragmentario, en lo múltiple y aprende del ojo atento del *flâneur*, que al callejear y deambular sobre el terreno es capaz de percibir y conocer lo que observa. Este es según Schlögel el arquetipo del relato espacial, el que mejor capta la esencia de la simultaneidad: los *Pasajes* de Benjamin. “No alcanzo a imaginarme nada que pudiera ir más lejos al escribir historia”, confiesa Schlögel. “Es una narrativa en qué lugar y época discurren juntos como no cabe más”⁴⁵.

Espacializar la narración histórica significa en definitiva, ser capaz de plantear un reto que es teórico y práctico a la vez. Se trata de forjar una nueva conciencia histórica que ponga la reflexión historiográfica y la autocrítica en primera línea de trabajo, pero también se trata de ser coherentes con los problemas que el nuevo siglo plantea.

CONCLUSIONES

Desde un comienzo, el presente trabajo se ha planteado como un ejercicio de reflexión histo-

riográfica. Un diagnóstico para el estado de la disciplina en relación con los desafíos que la historia del tiempo presente nos depara. Hemos insistido en la importancia de incluir una perspectiva espacial dentro de los estudios historiográficos y en este sentido valoramos positivamente tanto el legado del pensamiento espacial, avivado por el giro geográfico, como las tesis desarrolladas por Karl Schlögel. Al fin y al cabo, la espacialización de la historia consiste en hacerse cargo de toda una tradición que se ha ido forjando al margen de los marcos disciplinares de la historiografía teleológica. Y bajo este deseo de volver a entablar un diálogo entre historia y geografía reside, implícito, el propósito de hallar y concretar sus posibilidades teóricas. Esto es, por un lado, el desarrollo de un trabajo visual que nos permita (re)aprender a leer mapas, ciudades, paisajes y a sostener “la mirada al horror del siglo XX” frente al aluvión de imágenes que nos rodean⁴⁶.

Por otro lado, consideramos que la percepción de la realidad social e histórica tiene que ver con la fragmentación anárquica de eventos aislados, múltiples y simultáneos, más que con una disposición cronológica, segmentada y ordenada de la realidad. Por eso, la noción de multiplicidad, debe ser entendida como una herramienta indispensable para comprender la escritura de nuestros tiempos. En *Seis propuestas para el próximo milenio*, Italo Calvino expuso que la representación del mundo se convierte en una ardua tarea debido a “la presencia simultánea de los elementos más heterogéneos que concurren a determinar un acontecimiento”⁴⁷. “Escribir historia”, añade Benjamin en sus *Pasajes*, “significa dar su fisonomía a las cifras de los años”⁴⁸. Analizada desde esta doble perspectiva, nos damos cuenta que la historia puede ser explicada desde ópticas que escapan a la exclusividad discursiva de un modelo lineal y evolutivo. Así, retomando el objetivo inicial, la espacialización de la historia y la estrategia discursiva de la simultaneidad se proponen como formas efectivas y diversas de abordar la disciplina, rompiendo con la supremacía de la

⁴⁶ Ibid., p. 266

⁴⁷ Calvino, Italo, “Multiplicidad”, en *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid, Siruela, 2012, p. 109.

⁴⁸ Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, op. cit., p. 478.

⁴⁴ Schlögel, Karl, *En el espacio...*, op. cit., pp. 493-494.

⁴⁵ Ibid., p. 493

temporalidad, hecho que enriquece las miradas de nuestras interpretaciones y discursos historiográficos.

Asimismo, consideramos que haber llevado a cabo una aproximación exclusivamente teórica puede suponer una limitación para el estudio. Es por ello que consideramos que las elucubraciones realizadas en esta disertación deberán concretarse en posteriores proyectos con el fin de operativizar las propuestas. Por otro lado, la investigación teórica sobre la construcción del relato simultáneo puede verse enriquecida con una lectura historiográfica más profunda de la obra de Walter Benjamin.